

El Mito peruano

Alejandro Ortiz Rescanière

En colaboración con
Jorge Casanova
y Marie-France Souffes

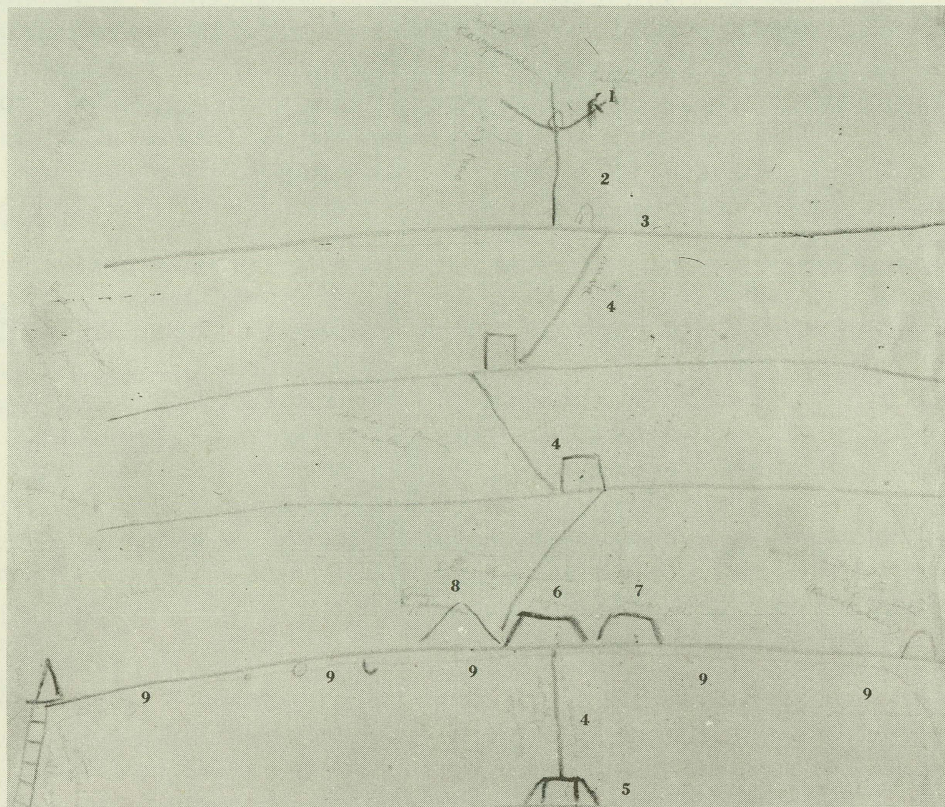
EL ORDEN SECOYA O EL ARBOL DEL UNIVERSO

Dibujos de Yaytrunbiá

Los de Mamansoya no irán a la escuela. Así lo decidieron el ihae, jefe civil, el payhuhú, jefe espiritual y los demás hombres de la principal y más importante comunidad secoya peruana. Ellos, secoyas angoteros de Mamansoya no usarán sombrero, ni tendrán el aire insolente y “nacional” de sus hermanos piogé.

Desde hace catorce años lucha, en nombre de la superior “civilización” blanca, un joven profesor loreto, con denuedo admirable y con la buena fe que les da la “modernidad” a todos los pioneros, a todos los cruzados, hijos, herederos de la conquista española. Así, este buen hombre, con desinterés admirable, penosamente ha logrado formar un poblado secoya en torno a su templo: la escuela. Ahí ha impuesto el patrón habitacional de nuestra selva. La maloca tradicional de los secoyas y de otros grupos “salvajes” amazónicos ha sido abandonada, pues la “promiscuidad” y el “desorden” son la regla. Viven en ese lugar unos cincuenta secoyas (de un total de trescientos secoyas angoteros, aproximadamente). Atraídos por la mística del profesor y por el sortilegio de ser, de andar y de hablar como los nacionales, aparentemente tan superiores a ellos, no obstante saben que son los más antiguos residentes y que los demás peruanos vinieron a estas tierras y aumentaron debido a una muy lamentable equivocación de la divinidad luna, *Ñañí*. Viven en paz con sus vecinos, los policías fronterizos del alto Putumayo, con los comerciantes —sus explotadores— colombianos y peruanos, con los inganos que hablan quechua, esa lengua que antes era más conocida que el *ankebain-kokuá* (“de la gente blanca su palabra”). La única tensión visible es la que existe entre los aiobain (secoyas) tradicionalistas y los aiobain adoradores del estilo de vida nacional.

La tarea misional no será fácil. Las voluntades no se dejarán arrastrar de inmediato. La selva, la naturaleza, *Ñañí*, *Tatatau* (el ave-dios del último cielo) los protegen. Además, cómo entenderán un mundo de vorágine que discurre inexorable, cómo sentirán esa felicidad que consiste en poseer solitariamente, en desorden y en destrucción. Este mundo y los superiores e inferiores no son así. Se suceden armoniosamente, entre ellos hay comunicación, los unos son indispensables a los otros.



1. Tatatau.
2. Arbol Kauyuisonkió.
3. Casa desde donde los sabios miran a Tatatau.
4. Mahá (escalera por donde sube o baja el sabio, mediante el ayahuasca).
5. Iyé Aydó (este mundo).
6. Casa donde llegan los muertos.
7. Casa donde lavan los cabellos a los muertos.
8. Casa donde se toma ayahuasca.
9. Recorrido de los cuerpos celestes.

Contando con la tierra de los hombres, existen cuatro mundos superiores y hacia abajo cuatro inferiores. En esta tierra —*maybaiy yehá*— habitan a la derecha del palo que sostiene el mundo —*huwasitupú*— los secoyas, y a la izquierda los nacionales, inganos, witotos y todos los demás pueblos que *Ñañí Ruru Mankarapá* quiso sacar de las profundidades de la tierra. Arriba, justo por encima del cielo y los astros que vemos, está el primer mundo de arriba. Ahí descansan, bailan y cantan los muertos de todos los pueblos: son los *mantumonbain*. Al extremo izquierdo vive en su hermosa casa *Ñañí*. En el lado opuesto vive la extraña tribu de la gente chiquita, los *kriwekobain*, nada se conoce de ellos.

Cuando muere una persona, su cuerpo es enterrado a la derecha de la casa, entrando por el lado masculino, en el lugar llamado *paindaripú* (ver plano de la casa comunal). Los hombres, precedidos por el jefe espiritual, toman durante varios días ayahuasca. De esa manera ayudan a que el muerto —primero el corazón y luego el cuerpo— encuentre el camino del primer mundo celeste: el *umitsiayá*. Por eso, días después del fallecimiento, el cadáver desaparece: ha viajado al *umitsiayá*. El jefe espiritual conduce al muerto entre cantos a la casa de la ayahuasca celeste. Luego de tomar, van a la casa donde se lavan los cabellos; caen éstos y renacen otros. Después de peinarse y arreglarse, quedan muy bien dispuestos y hermosos, mucho más que en la tierra. Cada pueblo tiene su casa comunal. Ahí pasan la vida cazando, pescando. Tienen muchas mujeres, beben masato y, sobre todo, cantan. Los nacionales no saben cantar, en su casa celeste tocan discos. En la casa de los colombianos sólo se escuchan cumbias. Todos los *mantu-monbain* son felices. Sólo son desconocidos los minúsculos *Kriwekobain*.

En ese primer cielo quedan los muertos. Aunque la comunicación es relativamente fácil entre el primer cielo, la tierra y el primer mundo de abajo. Si faltan mujeres del primer cielo, los muertos van a raptar a una del primer mundo subterráneo, pasando invisibles por la tierra. Cualquier buen ayahuasquero puede visitar el cielo de los muertos. Pero tan sólo los jefes espirituales secoyas, gracias a la ayahuasca, logran conocer los restantes espacios superiores. Por encima del primer cielo, se encuentra el mundo donde habitan los hombres-aves, que son de una extraordinaria belleza y agilidad. Por encima de ellos vive el mundo de la tribu de los pajaritos, los *biansibonsá*. Ellos no son hombres; sólo vuelan, cantan y cazan avispas. Coronando todos estos mundos superiores está el árbol *Kauyuisonkió* donde vive Tatatau y su familia.

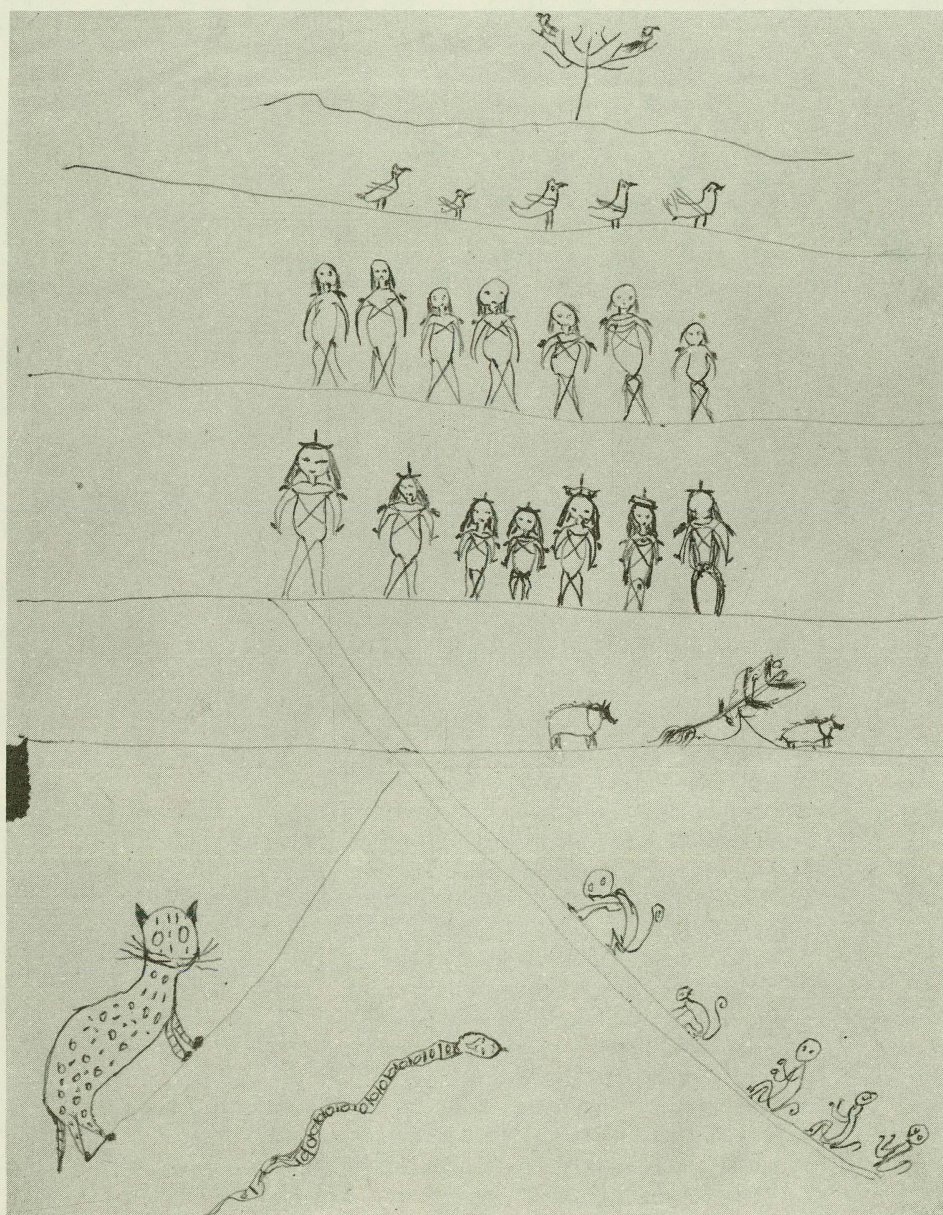
En la tierra, Tatatau es negro con vientre blanco, patas rojas y ojos intensamente rojos. En la cima de los cielos es completamente blanco, sólo los extremos de sus alas son verdes. Los Tatatau del monte llaman a Celeste y éste les responde. Así ellos tienen la facultad de comunicarse a través de esa inmensa distancia. El Tatatau está en la copa de los mundos, vive con sus cinco mujeres; comen avispas, pues en ese árbol tienen su casa las avispas, parecidas a las de acá pero más gorditas y más agradables a Tatatau. Al pie del árbol *Kauyuisonkió* se encuentra la casa en que recibe Tatatau a los jefes secoyas: es el *Kruyuwé*. Si un jefe espiritual secoya logra entrar a esa casa divina, Tatatau le explica todo, le da el conocimiento absoluto, el origen y el destino de las cosas y de los mundos. Por eso nadie puede igualar en sabiduría a un jefe espiritual secoya.

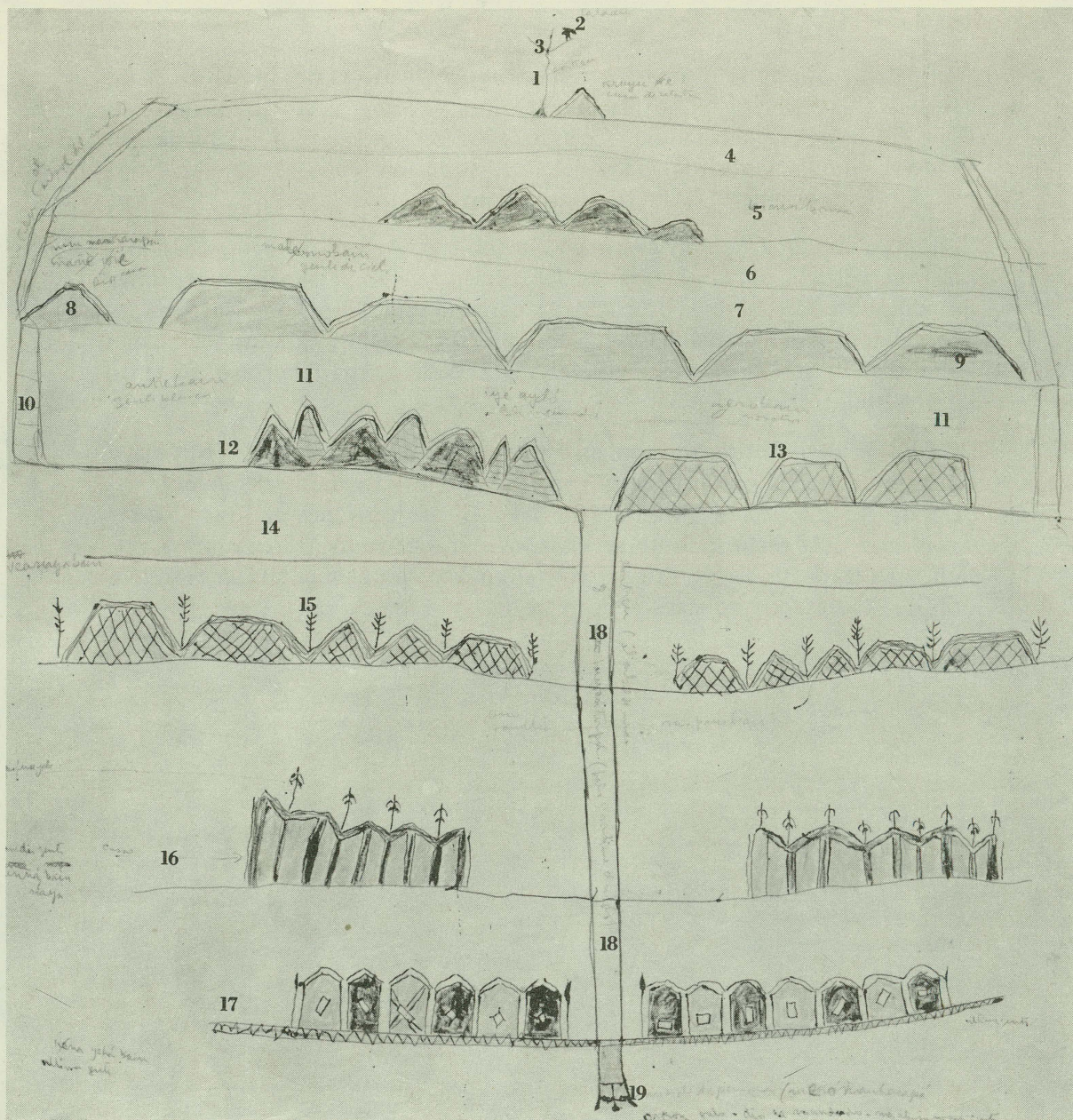
El primer mundo subterráneo es habitado por los *buñantsiayabain* —el pueblo de la quebrada amarilla—, sembrando maíz. Sólo son visitados por el zorro, conocedor de todos los mundos subterráneos, y por los muertos del cielo que, a veces, tratan de robarles alguna mujer. También hay algunos muertos que prefieren ese mundo subterráneo, pero pocos lo escogen pues no es tan bello como el primer mundo. El zorro desciende por *huwan-situpú*, el tronco que lo sostiene Todo y es parte del Arbol del universo. Luego viene la gente de la quebrada que siembra maíz. En su dibujo, Yaytrunbiá no describe a este segundo nivel llamado *Wayatsiayabain*. Más abajo está *unatsiayabain*, el pueblo que sólo planta pihuayos. El cuarto nivel está poblado por los *kenantsiayabain*, la gente más lejana y profunda. En todas estas profundidades hay siempre luz aunque no es la del sol; es parecida a la que tienen los nacionales.

Al final, debajo de la última tierra, están bajo las raíces del inmenso Arbol del universo, sosteniéndolo, la Mujer-Diosa, *Ruokó* y su compañero, el Dios del trueno, *Ñañí Nuhú*. Cuando ellos se mueven por las lluvias, el viento o, simplemente, por cansancio o distracción, todo el árbol se estremece. Ahí se originan las lluvias y los vientos.

Todos los mundos no son entre sí antagónicos. Aparte de algún ocasional rapto perpetrado por un habitante del primer cielo en detrimento del primer mundo subterráneo, reina la paz y la comunicación. Los jefes secoyas suben (cuando toman ayahuasca) a los diferentes cielos, cantando una melodía común con un canto cada vez distinto. El zorro recorre libremente las profundidades.

Esta visión de un ordenado universo tuvo un origen. Bianasá, Yaytrunbiá y otros secoyas nos narraron en diversas ocasiones la génesis del Arbol. Esperando las traducciones literales de las distintas versiones de los mitos secoyas que está realizando Jorge Casanova, me permito presentar una versión sucinta del mito de origen, con el cual se complementará la cosmovisión que hasta aquí he transcrito.





EL ARBOL DEL UNIVERSO Y LOS PISOS COSMICOS

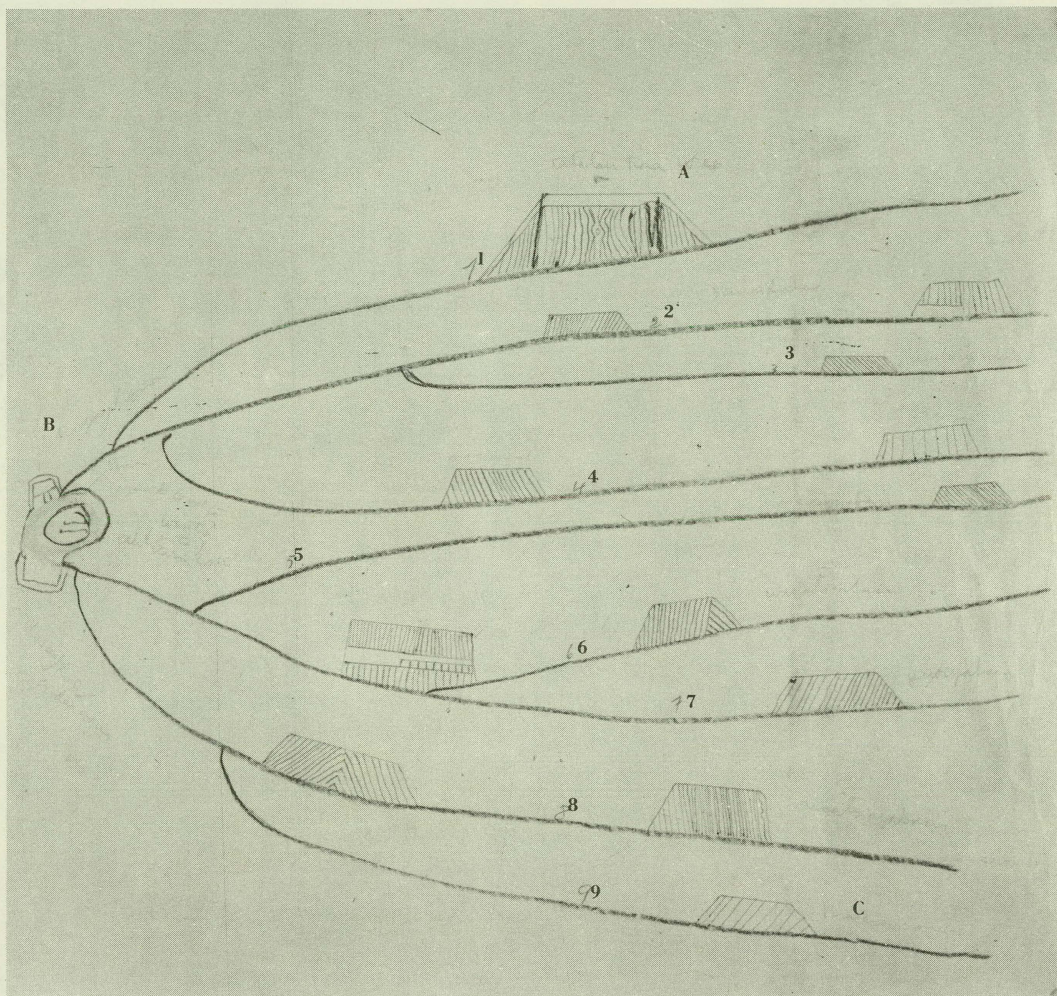
1. Kauyuisonkió
2. Tatatau.
3. Onti Son Kie (casa de las avispas).
4. Kuruyibain (mundo de la gente más lejana).
5. Biansibonsé, Icoyebain (mundo de los pajaritos).
6. Matemobain (gente como pájaros).
7. Mantumombain (gente del cielo donde viven los muertos).
8. Casa de Ñañí Ruru Mankarapá.
9. Kriwekobain (casa de la gente chiquita).
10. Escalera por donde subió Ñañí.
11. Iyé Aydó (este mundo).
12. Ankebain (pueblos de la gente blanca).
13. Aiobain (nosotros).
14. Suñansiayabain (gente de la quebrada amarilla).
15. Wayatsiayabain (gente de la quebrada del maíz).
16. Unnasiayabain (gente de la quebrada de pijuayo).
17. Krantsiayabain huasitobain (última gente).
18. Huwasitupú (tronco que sostiene el mundo).
19. Orkón— "Dios ha mandado: más abajo no hay gente"

LA CREACION. Los pisos cósmicos están dispuestos a partir del momento (mítico) en que la tierra se encontraba rodeada de agua en el momento del diluvio.

a. Morada de Tatatau

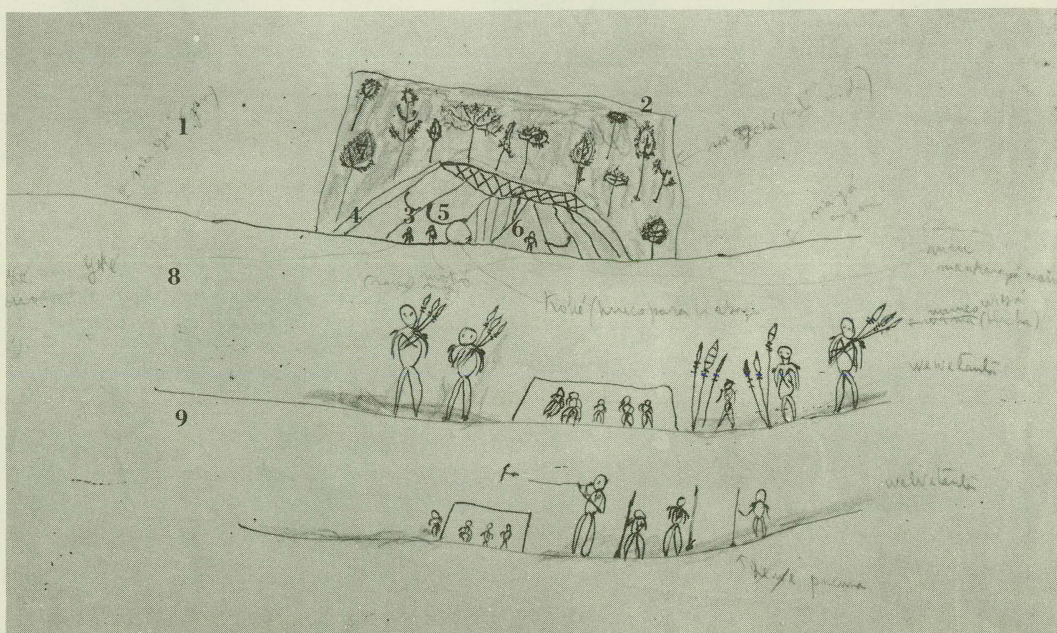
b. La tierra en el momento de la creación.

c. Krantsiyabain (última gente)



La tierra no es sino una isla. La maloca del Trueno ocupa un lugar central. Ñañí sorprende a una de sus mujeres con el Trueno. Luego de derrotar a éste, expulsa a ambos por el Ko He —hueco— a las profundidades de la tierra. Empiezan creando los dos primeros mundos subterráneos.

1. Sia Ya (agua)
2. Sia Ye Ha, Iye Aydo (este mundo)
3. Ruoko Muhú (rayo)
4. Ruoko Ye He (la madre tierra)
5. Ko He (hueco para ir abajo)
6. Ñañí Ruru Mankarapá (la luna antes del diluvio)
7. La primera maloka
- 8-9. Creación de los dos primeros mundos inferiores





O EL ÁRBOL DEL UNIVERSO

MITO DE ORIGEN *

Antes, en la primera época, la tierra sólo estaba poblada por animales, como los que hoy vemos; tenían apariencia humana. Su dios era Watí. Ahí vivía en medio de la oscuridad pues no habían aún nacido ni la luna ni el sol. Se alimentaban de watsi —un gusano de río—. Estos animales-hombres se llamaban hanabain y eran muy malvados. Los antepasados de los actuales hombres vivían, por eso, asustados bajo la tierra. Eran los hinkomobain pues, a diferencia de nosotros, tenían cola.

Sus jefes eran buenos. Había secoyas, nacionales, witotos, inganos colombianos, todos los pueblos que existen ahora. En el presente aún perviven algunos de nuestros antiguos antepasados bajo la tierra.

Uno de esos animales de apariencia humana, el tapir (wenkí) tenía dos hijas muy singulares pues, viviendo en la superficie de la tierra, eran secoyas (ayrobain). Se llamaban Repé y Ruokó. Cierta vez, una de las hijas del tapir estaba lavando en el río. Vio que venía flotando un huevo.

— ¡Qué lindura, papá! ¿Qué será?

— Será algo bueno.

— Entonces, me lo llevo a casa.

Y se lo llevó. Lo guardó en la mejor olla que tenía.

— Duerme, huevito, duerme.

Al día siguiente, del huevo nació un bebé: era el buen Ñañí Ruru Mankarapá, el dios luna. Así nació y creció, sin padres. Ya mozo, tomó como mujeres a las dos hijas del tapir. Así vivieron en la maloca del tapir, sus dos hijas y el marido de ambas.

Cierta vez, Sachavaca estaba de caza. Hizo una trampa y, con malas intenciones, mandó a Ñañí a revisarla. El joven dudaba.

— ¿Por qué Sachavaca me habrá pedido ver su trampa?

Al llegar, Ñañí pisó mal y quedó suspendido. El ratón que observaba todo esto subió por el palo y cortó la sogá que voló lejos, formando por primera vez el arco iris; como la trampa estaba cerca del río, Ñañí cayó en el agua, boca arriba, mirando al cielo. Sus cabellos largos flotaban. Una piraña le mordió la cabeza. El bocachico con más voracidad le comió el pelo. A los dos castigó: al primero para que fuera pescado fácilmente y al segundo le quitó los dientes agudos. Así es hasta hoy día.

Al salir del río, Ñañí se encontró sin cabellos:

— ¿Qué he de hacer? Sin cabellos las mujeres no me han de querer.

Con un preparado de cogollo de aguaje se lavó la cabeza. Al instante le brotaron cabellos, pero también le salieron algunas canas. Su mujer se asustó al ver los cabellos blancos. Desde su época, cuando pasan los años a los secoyas le salen canas.

El tapir molestaba siempre a su yerno Ñañí. Los dos querían ser más que jefes. Pensaban: "Yo seré dios, no el otro". Pero Ñañí ganó, convirtiendo al tapir en lo que es hoy. Después fue castigando a todos los animales, dándoles las formas y características que poseen actualmente.

Las mujeres de Ñañí estaban descontentas con los sucesos. Por eso hu-

yeron hacia la casa del trueno —Muhú—. Con su poder Ñañí, se transformó en un viejecillo repugnante. Así comenzó la persecución. A veces volteaba Repé a ver a su marido. Ruokó sólo lo hizo una vez pues quedó horrorizada ante la fealdad de Ñañí. En el camino cada animal contaba a las dos hermanas las supuestas maldades de Ñañí. Llegaron a la casa del Trueno, quien las albergó porque le parecieron bonitas y, sobre todo, porque le gustó Ruokó. Cuando llegó Ñañí se estableció una lucha. Ñañí estaba furioso porque comprendió que había un entendimiento entre Ruokó y el Trueno. Cuando Ñañí venció al Trueno, Ñañí se convirtió en joven y el Trueno en viejo. Ñañí sumió la tierra en agua. Pero los animales no murieron. Cada animal se refugió en un lugar especial que no conocemos. Por eso tomando ayahuasca podemos ahora llamar a cada animal de su sitio. Luego, Ñañí expulsó al Trueno y a Ruokó a las profundidades de la tierra. Ellos se metieron por el hueco que fueron abriendo que se llama Kohé; cada vez que Ñañí daba una patada al suelo, Ruokó y Muhú (el Trueno) creaban un mundo subterráneo. Así llegaron al final del universo. Allí Muhú hizo su casa. Ahora dispara sus rayos y su mujer sostiene el mundo. Mientras ocurrían estos sucesos, otro muy importante vino a cambiar la tierra. Había un niño que lloraba constantemente.

— ¿Qué quiere este bebé? —preguntó la madre.

— Quiero arder —dijo el niño.

De inmediato el padre fue a traer leña. Lo pusieron en una olla a calentar. Las llamas se elevaban. Cuando regresaron, los padres vieron que el bebé se elevaba a los cielos convertido en fuego, en el Intsú: El Sol. Ñañí apagó el fuego de la tierra y, viéndola tan desolada, creó el monte. Por eso si cavamos encontramos carbón, restos del gran incendio.

Ahora ya la tierra estaba preparada para la venida de los pueblos. Por el kohé, el hueco que va hasta la casa del Trueno, sacó a los hombres. Primero salieron los ayrobain o secoyas, luego los otros. Ñañí Ruru Mankarapá se equivocó en su labor. El pensaba que los secoyas iban a ser los más numerosos, pero cada vez que sacaba un hombre, resultaba ser un nacional. Por eso los nacionales ocupan todo un lado de la tierra. Como viera que se equivocaba, tapó el Kohé.

La humanidad aumentó rápidamente. También los animales, Ñañí se sentía fastidiado con tanta población. Incluso su casa estaba repleta de cucarachas, arañas, murciélagos. “Mejor me voy al cielo”, pensó. Decidió que sólo su mujer Repé lo seguiría.

Arponeó el cielo. No llegó. A la cuarta tentativa el arpón se clavó y la sogá colgaba hasta la tierra.

— Hombres, animales de la tierra, voy a vivir al cielo.

— Te seguiremos, te seguiremos —gritaban todos.

Ya Ñañí había subido un poco.

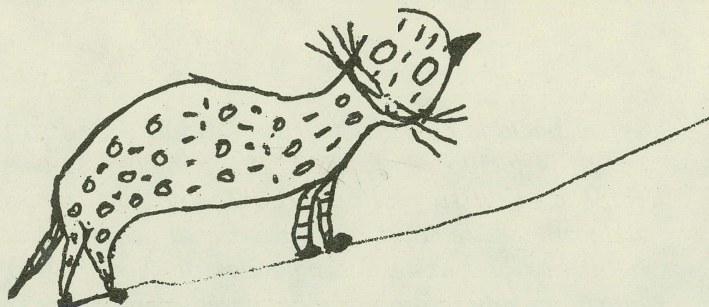
— No, era sólo una broma —les dijo Ñañí.

Y así se repitieron las bromas. Cuando al último realmente subió por la cuerda, ya nadie le siguió. Sólo el otorongo (tigrillo) logró saltar con un palo. Por eso en el primer cielo abundan los otorongos bravos, mucho más que los de acá. Ahora Ñañí nos mira en las tardes, aparece y cada tarde aparece más; después, disminuye. Lástima que le quede el mordisco que le dieron aquí en la tierra pero, de todas maneras, es muy lindo verlo en las noches.

* Versión de Yaytrunbiá, secoya de la población de la Escuela (Yubineto, alto Putumayo).

EL ORDEN SECOYA

O EL ARBOL DEL UNIVERSO



No hemos recogido los relatos que describen el origen de los mundos superiores y el Tatatau Celeste. Sin embargo, en el mito que acabamos de leer se puede apreciar gran parte del comienzo del orden actual. Sin aventurar un análisis formal del mito, quisiera señalar algunos puntos que faciliten la lectura del mismo así como algunas de las coincidencias más relevantes con la narrativa andina.

El mito describe una época primordial en la que dominaban el Dios Watí y los animales de apariencia humana. Nuestros ancestros vivían bajo la tierra pues temían a los animales-hombres. Podemos calificar esta época de *natural* pues, aparte de los *animales-hombres* que poblaban la tierra, nuestros antepasados tenían *cola*. El final de esa época de la naturaleza empieza con el nacimiento de Ñañí Ruru Mankarapá (Ñañí: Dios luna, Ruru: final, Mankarapá: primero y último). El término mediador son dos mujeres (una, su descubridora, y más tarde, ella y su hermana, esposas de Ñañí). Ambas son hijas del animal-hombre más prominente: el tapir y, al mismo tiempo, son *ayrobain*, es decir los seres humanos que vivían entonces bajo la tierra.

En su disputa, primero velada con el sachavaca-hombre y luego abierta con el tapir-hombre y con el Rayo, va estableciendo y va surgiendo el orden actual. Este esquema del mito es común a la tradición andina de todos los tiempos. Basta un solo ejemplo: Huatyacuri destruye el antiguo ordenamiento social luego de casarse con la hija del casi-dios, símbolo mismo de esa época, lo destruye, lo derrota luego, no tanto en una lucha, sino en una larga serie de competencias, de luchas mágicas y simbólicas.

Toda la parte de la narración que describe cómo Ñañí envejece para perseguir a sus mujeres, recuerda, hasta en los detalles, un viejo tema andino: una variante clásica de este tema es el que aparece en el mito de Cuniraya, como parte medular del mismo. El dios Cuniraya ha tomado una apariencia de viejo repugnante. Cuando la huaca Cavillaca se da cuenta que ese es el padre de su hija, huye, sin osar voltear a ver a Cuniraya, que entonces había devenido tan hermoso y tan bien vestido que espantó a todas las huacas del mundo. Aquí hay una inversión del episodio pues, en el relato secoya, Ñañí continúa siendo feo durante la persecución. Sólo al final, cuando triunfa, se vuelve hermoso. También en esta persecución intervienen los animales pero no como en la de la selva, pues es Cuniraya quien se dirige a ellos para luego darle las características que actualmente poseen y no como en el mito secoya, en el que los animales se quejan a las perseguidas de las cualidades o defectos que el dios persecutor les había otorgado anteriormente. Ambas persecuciones terminan en lo que se podría llamar los extremos de la tierra: en el mar y bajo el mar en un caso; en el otro, en la casa del Trueno y bajo el último mundo subterráneo, donde se establece finalmente el Rayo y una de las mujeres de Ñañí. Los mensajes son muy diferentes: en un caso se crea una isla-huaca y los peces del mar; en el otro, se origina el sistema actual de lluvias, vientos, rayos y truenos.

El diluvio que aparece en el mito secoya, también es común a la mitología andina. Recordar, como ejemplo, los relatos de los pueblos sumergidos.

Luego del triunfo definitivo, Ñañí establece a los hombres en la superficie de la tierra. Tal ocurre en innumerables mitos andinos. Un ejemplo: el mito de creación transcrito por el padre Calancha.

Que el sol y la luna tengan un origen terrestre es también una idea andina. En el mito de Kon, los mellizos, futuros sol y luna también nacen en esta tierra. En muchas variantes de este mito la ascensión se lleva a cabo por medio de una sogá, como en el mito secoya¹.

Sin embargo, el paralelo no podría establecerse en la mayoría de los episodios. Sólo los temas generales y el amazón son comparables. He creído posible hacerlo pues los secoyas son un grupo de la amazonía nor-occidental, vecina del área cultural andina. Habría que añadir, para mayor redundancia, que los secoyas han vivido en buena vecindad, desde tiempos inmemoriales, con los inganos, pueblo de habla quechua.

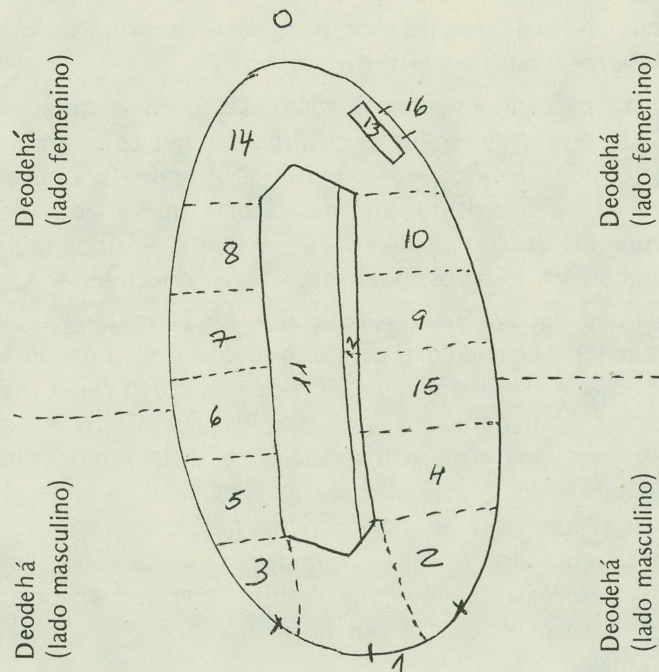
El orden cósmico secoya parece reflejarse en la maloca o casa comunal, edificio principal de la sociedad de ese pueblo. Y no porque sea un reflejo mecánico, de espejo, sino que en la maloca también reina un orden social y mágico de una gran belleza y armonía. En las cuatro malocas que visitamos encontramos una común disposición y distribución interna. Todas se encuentran cerca del río. Rodea la maloca (*we*), o si es el caso de Mamansoya a varias de ellas, el patio (*deodehá*), especie de parque secoya, primorosamente cuidado y limpio. Siembran allí árboles frutales, plantas de ají y yerbas aromáticas. No crían gallinas para no ensuciar el parque y rara vez dejan a un perro suelto por la misma razón. Las mujeres lo barren todas las mañanas.

La entrada principal tiende a orientarse hacia el Este. En el otro extremo está, al costado Suroeste, la entrada secundaria. La entrada del Este marca la mitad de la maloca masculina; la otra mitad y sus entradas son femeninas. Afirman los secoyas que hace algunos años las mujeres no podían ni siquiera acercarse a la parte masculina y exterior de la maloca, y viceversa. Había dos redes en el patio que partían de la maloca y se extendían por unos pocos metros para deslindar el lado masculino del lado femenino. Entrando por la puerta del Este se ve un corredor central que es el centro ceremonial y festivo (aunque para tomar ayahuasca, actividad eminentemente *religiosa*, los hombres se construyen una pequeña casa especial, fuera de la maloca). A la derecha del corredor, yendo hacia el Oeste, se entierra a los muertos. En el corredor, las mujeres cantan y bailan cuando se toma masato —fiesta femenina y asociada al trabajo, a lo *laico*—; entonces, los hombres las acompañan tocando sus grandes flautas. A los costados están los hogares nucleares, el fuego; la cocina, en medio; las hamacas, alrededor. El hogar del jefe laico está establecido en el primer lugar de la derecha de la entrada del Este; el del jefe espiritual, a la izquierda. Aún no conocemos bien el sentido de la sucesión de hogares, pero tenemos la sospecha bien fundada que es un orden sucesivo regido por el parentesco que se tiene con los miembros de los hogares de los jefes. En el lado derecho, y en medio, tienen un gran corral: es la guardería de niños.

Al fondo, hacia el Oeste, en una de las partes ovales de la maloca, se realizan las actividades típicamente femeninas. Allí se prepara el casabe —una especie de galleta de yuca de muchos pueblos de la Amazonía—, en el lado

¹ Para mayores detalles sobre los mitos andinos aquí mencionados, V. De Adaneva a Inkarrí, del mismo autor. Lima 1973. Retablo de Papel Ediciones.

Noroeste, las mujeres que menstrúan duermen en ese sitio y hacen dieta. Tienen una puerta especial por ese lado para salir muy ocasionalmente. El flujo menstrual es tapado con hojas de palma. Ningún hombre osaría pisar esas hojas: quien así lo hiciera o mirase a una mujer que pasa por esa etapa, podría enfermar y hasta morir.



1. Puerta del Jefe y de los hombres.
2. 3. Hogares de los jefes
5. 10. Hogares (Wekaá)
11. Corredor o patio Ceremonial (Werotó)
12. Cementerio (paydaripú)
13. Lugar de menstruación
14. Lugar de preparación de casabe y masato (actividades femeninas)
15. Guardería o corral infantil (sintudiwú)
16. Puerta de emergencia para mujeres que menstrúan

El Arbol cósmico, el mito de origen, la maloca, forman un concierto y reflejan un espíritu, una concepción de la vida, coherente y hermosa. ¿Podrá ser destruido por esos "nacionales" de "avanzada", occidentales de última categoría? Lo que esos pioneros bienintencionados, los comerciantes, y hombres de frontera les ofrecen, ¿estará en la medida de reemplazar el Arbol del universo, el orden social de la maloca?

Agradecimientos: Al Fondo Nacional Suizo por la financiación del proyecto "Agricultura de Roza y Evolución del Medio Forestal en la Amazonía del Noreste" dirigido por Jurg Gashé; a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, por el apoyo brindado a este proyecto; al joven antropólogo Jorge Casanova, futuro experto de las minorías étnicas de la selva y en especial de la sociedad secoya; a mi esposa; a los valerosos policías de la frontera del Putumayo, don Gerardo Brayzat Tejedo y don Anselmo Vega, y a todos los secoyas a quienes dedico este artículo con la esperanza de que encuentren nuevos amigos entre los ankebain.